

MUERTE DE DON QUIJOTE

Ribadeneyra dedica el penúltimo capítulo del libro cuarto de la Vida a la muerte de Loyola. Dada la trascendencia de lo que se narra y teniendo en cuenta la falta de espectacularidad y la imprevista y sencilla forma en que se desarrollaron los hechos, parece que se sintió obligado a presentarlos no como realmente ocurrieron, sino con la solemnidad que, en su opinión de veterano en panegíricos, merecía el personaje.

En realidad, el tránsito se caracterizó por la simplicidad, Loyola murió prácticamente solo y sin ningún signo diferencial. Además, los hechos estaban, en el momento de escribirse la Vida, tan relativamente recientes y presentes en el conjunto de la Compañía, que Ribadeneyra debió contenerse para no poner en evidencia la totalidad de una obra ya de por sí sobrecargada de fantasías.

Con tales advertencias, repasemos brevemente los aspectos más llamativos del capítulo XVI, titulado “*Cómo nuestro B. P. Ignacio pasó desta presente vida*”. Comienza así

Este era el estado de la Compañía cuando nuestro B. P. Ignacio, cargado ya de años, rodeado de enfermedades, afligido por la turbación de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes suspiros comenzó a pedir al Señor que fuese servido sacarle deste destierro, y llevarle a aquel lugar de descanso, donde con la libertad que deseaba pudiese alabarle y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos. Porque aunque con el esfuerzo del alma sustentaba la flaqueza del cuerpo, y llevaba con gran paciencia y constancia las molestias desta peregrinación, conformándose en todo con la voluntad divina; pero tenía un deseo tan encendido de ver á Dios y gozar dél, que no podía, como arriba dijimos, de puro gozo pensar sin lágrimas en su tránsito.

Desde el inicio se aprecia una clara concentración de elementos retóricos y la ausencia total de ‘realidad’. Se hiperboliza con la edad, las enfermedades y la aflicción por los tiempos, conjunto de ruinas físicas y síquicas que actúan como justificantes del heroico deseo de huir del mundo para encontrarse con Cristo...lo mismo de siempre aunque ahora, dada la pesadumbre del caso, aderezado con lágrimas, suspiros y tópicos tan petulantes como dar por descontado una incuestionable ‘*presencia entre los escogidos*’. Después de tal constatación de santidad inapelable, vuelve a recurrir a los tópicos del perfecto religioso, paciente, obediente y deseoso de gozar de la ‘inmediata’ presencia divina que, como santo varón, le corresponde.

Tras tal concentración de lugares comunes, Ribadeneyra añade una adecuada ambientación escénica y algunos datos concretos sobre el desarrollo de los hechos

Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados, por la guerra que había entre el papa Paulo IV y el rey católico D. Felipe el II, y no se oía otra cosa en la santa ciudad, sino atambores y pífaros, y ruido de arcabuces y artillería; y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto de tan cerca, y por llorar más a sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos días a una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma. Allí con los aires mal sanos, y con los calores recios del estío, comenzó a hallarse peor que solía; y conociendo que ya se llegaba el término de sus trabajos (como algunos meses antes lo escribió a doña Leonor Mascarenas, despidiéndose della, y diciéndole que aquella sería la postrera carta que le escribiría, y que él desde el cielo la encomendaría más de veras a Dios) se volvió a la casa de Roma. Había en casa a la sazón muchos enfermos, a los cuales visitaban los médicos, no haciendo caso de la enfermedad de nuestro padre, por parecerles que era la ordinaria y sin peligro. Mas él, que mejor que los médicos sabía lo que nuestro Señor

quería hacer dél, confesóse y comulgóse y apercióse para la muerte¹²⁶³, aunque siempre estaba tan aparejado y tan deseoso della como queda dicho; y a los 30 de Julio, a las tres de la tarde, llamó al P. Juan de Polanco (del cual se había ayudado nueve años enteros en toda suerte de negocios, en el gobierno de la Compañía); y tomándole aparte, estando él descuidado de lo que le quería, le dice con grandísimo sosiego: “Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida deste mundo: id a besar el pie a su Santidad en mi nombre, y pedidle su bendición, y con ella, indulgencia plenaria de mis pecados, para que yo vaya más confiado y consolado en esta jornada; y decid a su Beatitud, que si yo (como lo espero de la infinita misericordia de mi Señor) me viere en el monte santo de su gloria, no me olvidaré de rogar por su Santidad, como lo he hecho siempre, aun cuando he tenido necesidad de rogar por mi.”

Con el pretexto de justificar la salida de Roma y de engrandecer la figura de Ignacio con rasgos de sensibilidad (“llorar más a sus solas”) y poderes proféticos (“algunos meses antes lo escribió”), Ribadeneyra adelanta al mes de julio¹²⁶⁴ el estallido de la guerra de Felipe II con Paulo IV. Se trata de colorear y ambientar, en plan sensacionalista, el momento del óbito.

Una vez Ignacio de vuelta en Roma, Ribadeneyra explica que los médicos no le hicieron demasiado caso, nuevo pretexto para atribuirle dones adivinatorios, facultades derivadas del trato especial otorgado por dios a los escogidos (“Mas él, que mejor que los médicos sabía lo que nuestro Señor quería hacer dél”). Y, después, añade una información muy lógica y concreta: “confesóse y comulgóse y apercióse para la muerte, aunque siempre estaba tan aparejado y tan deseoso della como queda dicho”.

En esta edición de 1605 (considerada definitiva por Ribadeneyra) se especifica rotundamente que Ignacio llegó a Roma y, en contra del parecer de los médicos, como él sabía de antemano lo que iba a suceder, no solo confesó y comulgó sino que “apercióse para la muerte”, o sea, cumplió con todas las formalidades de un cristiano en peligro de muerte.

Son datos concretos y explícitos que, sin embargo, no coinciden con la información ofrecida por él mismo en la primera edición castellana de 1583: “*sabía lo que nuestro Señor quería hacer dél, habiéndose comulgado dos días antes, a los treinta de julio, a las tres de la tarde, llamó al padre Juan de Polanco*”.

Aunque era consciente de lo que iba a suceder, Loyola se conformó con comulgar dos días antes y, además, no se aperció para la muerte. Se aprecia una clara divergencia entre la primera y la última versión de unos mismos hechos que, como sabemos, Ribadeneyra fue modificando a su antojo y conveniencia, siguiendo el plan de edificar un santón monolítico, un dechado de virtudes que sirviera como modelo y ejemplo para toda la cristiandad.

Lo mismo ocurre con el testimonio de Polanco. Si lo contrastamos con la versión ofrecida por Dalmases (no he tenido acceso al original), ambas entre comillas, se aprecian importantes diferencias

VIDA	DALMASES
<i>a los 30 de Julio, a las tres de la tarde, llamó al P. Juan de Polanco (del cual se había ayudado nueve años enteros en toda</i>	El jueves, día 30, <u>después de las cuatro de la tarde</u> , Ignacio mandó llamar al P. Polanco y, haciendo salir al enfermero, le

¹²⁶³ “*sabía lo que nuestro Señor quería hacer dél, habiéndose comulgado dos días antes, a los treinta de julio, a las tres de la tarde, llamó al padre Juan de Polanco*” (Versión 1583)

¹²⁶⁴ “Las hostilidades entre Roma y España se iniciaron el 1 de septiembre de 1556”, Fernández Álvarez 1998: 323.

<p>suerte de negocios, en el gobierno de la Compañía); y tomándole aparte, estando él descuidado de lo que le quería, le dice con grandísimo sosiego:</p> <p><i>“Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida deste mundo: id a besar el pie a su Santidad en mi nombre, y pedidle su bendición, y con ella, <u>indulgencia plenaria de mis pecados, para que yo vaya más confiado y consolado en esta jornada;</u> y decid a su Beatitud, que si yo (como lo espero de la infinita misericordia de mi Señor) me viere en el monte santo de su gloria, no me olvidaré de rogar por su Santidad, como lo he hecho siempre, aun cuando he tenido necesidad de rogar por mi. ”</i></p>	<p>dijo que convendría que fuese al Vaticano para informar al papa de que él <<estaba muy al cabo y casi sin esperanza de vida temporal, y que humildemente suplicaba a Su Santidad le diese su bendición a él y al maestro Laínez, que también estaba en peligro>>. Polanco le respondió que los médicos no veían síntomas de gravedad y que él esperaba que el Señor lo conservaría todavía por algunos años. Añadió: <<¿Tan mal se siente como esto?>> Respondió Ignacio: <<Yo estoy que no me falta sino expirar>>. Polanco prometió entonces al Padre que cumpliría su deseo, pero le preguntó si bastaba que lo hiciese al día siguiente. La razón era que los jueves salía el correo para España, vía Génova, y tenía aún algunas cartas por despachar. Ignacio le contestó: <<Yo holgaría más hoy que mañana, o cuanto más presto holgaría más; pero haced como os pareciere; yo me remito enteramente a vos>>. ¹²⁶⁵</p>
--	---

Al margen de las discordancias horarias, qué diferencia entre la narración lógica y natural de Dalmases y las rebuscadas formas de Ribadeneyra para encomiar, bajo cualquier pretexto, la humildad y resignación del sosegado Ignacio.

En ambos casos se comunica el deseo de Loyola de que Polanco solicite la bendición del papa, pero Ribadeneyra no solo omite la inclusión de Laínez en la petición sino que añade una dudosa solicitud de ‘indulgencia plenaria’ y una no menos dudosa y beatífica coletilla prometiéndole al papa rogar por él desde el mismo cielo.

Según Dalmases, Polanco “le respondió que los médicos no veían síntomas de gravedad y que él esperaba que el Señor lo conservaría todavía por algunos años”, respuesta lógica de quien, confiado en el conocimiento de los médicos, no encuentra extremo peligro en el enfermo. Pero ¿qué responde Ribadeneyra?

Envióle el sumo Pontifice la bendición con grandes muestras de dolor y de amor: mas no sabían los padres que a la razón estaban en la casa de Roma, que hacer en un caso tan dudoso. Porque por una parte la enfermedad no parecía grave, y los médicos habiéndole de propósito visitado mostraban no tener peligro: y aún hubo alguno dellos que tuvo al Padre por muy temeroso por haber dicho que se moría, el cual cuando vio el suceso, confesó su culpa y dijo que era santo; y el mismo santo Padre no hacía novedad en su manera de trato, antes aquella misma noche, con el mismo semblante y alegría que acostumbraba trató con los nuestros un negocio que se ofrecía: porque como era tan humilde no quiso hacer ostentación de los dones, sino dejar a los médicos su oficio, y que se siguiese en todo su parecer. Por otra parte, les ponía en cuidado las palabras que el mismo Padre había dicho al maestro Polanco, y el haber enviado a despedirse de su Santidad, pidiéndole su bendición; lo cual les

¹²⁶⁵ Dalmases 1986: 251.

parecía que no podía ser sin gran fundamento y sin grandes prendas de Dios y certidumbre de su muerte. En fin, después de haber consultado el negocio, se determinaron de aguardar a la mañana siguiente, para tomar mejor acuerdo en lo que se hubiese de hacer. Vuelven en amaneciendo, y hállanle casi espirando; quiérenle dar un poco de sustancia, y díceles: “ya no es tiempo deso”; y levantadas las manos y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazón a Jesús, con un rostro sereno dio su alma a Dios, postrero día de Julio, de 1556, una hora después de salido el sol.

El inicio del fragmento resulta genuinamente ribadeneiresco, puro birlibirloque. Primero, tras informar sobre el encargo de ir al Vaticano a pedir la bendición, añade rotundamente: “Envióle el sumo Pontífice la bendición con grandes muestras de dolor y de amor”. Queda claro que, según Ribadeneyra, Polanco cumplió con la misión encomendada e Ignacio recibió en vida la bendición requerida. Pero ¿qué dice acto seguido y de forma velada?

Lo mismo que Dalmases, que ‘*los padres*’ dudaron entre atender a los médicos o al deseo de Ignacio, todo de forma tan confusa que solo resalta la opinión, con propósito laudatorio, de un anónimo médico que, dudando de la entereza del Padre, acaba confirmando, arrepentido, “*que era santo*”.

Añade después información sobre cierto negocio y un nuevo elogio, sobre la humildad (inexistente en la edición de 1583) y credibilidad en las palabras de Loyola (“*no podía ser sin gran fundamento y sin grandes prendas de Dios y certidumbre de su muerte*”), con el que solo busca distanciarse de la ya afirmada bendición y la nueva información que la desdice, pero de forma tan embarullada que resulta imposible comprender la verdad (*En fin, después de haber consultado el negocio, se determinaron de aguardar a la mañana siguiente, para tomar mejor acuerdo en lo que se hubiese de hacer. Vuelven en amaneciendo, y hállanle casi espirando*”), entre otras razones porque ha sustituido a Polanco, responsable de cumplir el encargo, por un plural indeterminado sobre el que recae la obligación de ir al Vaticano y encontrar, a la vuelta, a Ignacio “*casi espirando*”, importantísimo “*casi*” que, como en otras ocasiones, posibilita encontrar consciente al enfermo para que pronuncie una solemne y metafísica respuesta (“*ya no es tiempo deso*”) y la serie de gestos que conforman el final hollywoodiense que le corresponde a tan importante santo

Vuelven en amaneciendo, y hállanle casi espirando; quiérenle dar un poco de sustancia, y díceles: “ya no es tiempo deso;” y levantadas las manos y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazón a Jesús, con un rostro sereno dio su alma a Dios, postrero día de Julio, de 1556, una hora después de salido el sol.

Nos encontramos ante una muerte ideal, de libro. Ha recibido todos los sacramentos y la bendición del papa; ante el ofrecimiento de comida responde con una frase para la posteridad y con la que transmite el grado de sublime conciencia en que se halla, todo ratificado con la superpose pictórica de las manos levantadas, los ojos fijos en el cielo, el rostro sereno y la llamada “*con la lengua y con el corazón a Jesús*”.

Volvamos ahora a la versión de Dalmases porque, indirectamente, anula todo ese efectista y cuadrículado montaje

Hacia las nueve de la tarde, Ignacio cenó bien, para lo que solía. Estaban presentes los PP. Polanco y Madrid. Los tres se quedaron hablando un rato. Sabemos cuál fue el último negocio de que se ocupó Ignacio: la compra de una casa de Julia Colonna para el Colegio Romano. Sin particular aprensión, Polanco y Madris de retiraron a descansar.

Para velar al enfermo se quedó el enfermero Hermano Tomás Cannizaro. Este refirió después lo que observó durante aquella última noche. Ignacio se movía agitado y de cuando en cuando pronunciaba algunas palabras. Hacia la media noche se aquietó y solamente repetía de cuando en cuando la exclamación: <<Ay, Dios!>> El nombre de Dios fue la última palabra que pronunció, él que lo tenía tan grabado en el corazón.

Al amanecer, los Padres encontraron a Ignacio *in extremis*. Encargaron enseguida al Hermano Cannizzaro que fuese en busca del P. Pedro Riera, con quien Ignacio se confesaba en los últimos tiempos. Pero el Hermano no lo encontró. Es evidente que lo que se pretendía del P. Riera –que, además de confesor de Ignacio, era prefecto de iglesia-, era que administrase al enfermo la santa unción. Polanco se precipitó al Vaticano, y, no obstante lo temprano de la hora, fue recibido por el papa. Paulo IV <<mostrando dolerse mucho, dio su bendición y todo cuanto podía dar, amorosamente>>. Pero, cuando Polanco regresó a la casa, encontró que Ignacio ya había muerto tranquilamente, <<sin dificultad alguna>>. Estaban presentes a su tránsito solamente los PP. Madrid y Frusio, rector del Colegio Germánico. La hora fue <<antes de dos horas de sol>>, según refiere Polanco. Teniendo en cuenta que el 31 de julio el sol sale en Roma a las cinco y tres minutos, podemos deducir que Ignacio expiró poco antes de las siete de la mañana, hora solar, de aquel día 31 de julio de 1556, que era un viernes.

Al amanecer, poco antes de las cinco, entran en la habitación y encuentran al enfermo moribundo. Encargan a un jesuita que busque inmediatamente a un sacerdote, concretamente al confesor de Loyola, pero no lo encuentran. Es evidente, matiza Dalmases, “que lo que se pretendía del P. Riera –que, además de confesor de Ignacio, era prefecto de iglesia-, era que administrase al enfermo la santa unción”, cosa que no llegó a realizarse, de forma que aquella primera información de Ribadeneyra (“*confesóse y comulgóse y apercióse para la muerte*”) según la cual, como sabía lo que iba a venir, se encontraba perfectamente preparado, no debe tomarse en cuenta.

Parece muy lógico que, como dice Dalmases, en cuanto apreciaron la gravedad del enfermo, o sea, al amanecer, cuando se encontraba expirando, Polanco saliera pitando al Vaticano, porque no había ido el día antes y, también, que cuando volvió a casa “Ignacio ya había muerto tranquilamente, <<sin dificultad alguna>>”, de forma que la ambigua frase “*Envióle el sumo Pontífice la bendición con grandes muestras de dolor y de amor*” solo puede ser cierta fuera de contexto, porque el pontífice envió la bendición pero Ignacio no la recibió porque ya estaba muerto.

Queda patente la forma en que Ribadeneyra juega a ‘engañar’, sin mentir abiertamente, a los lectores. Ahora bien, donde se le pilla en clara falsedad es en el montaje pictórico-literario del tránsito. Nada se dice de la frasecita (“*ya no es tiempo deso*”) ni del resto de detalles primorosos. En realidad, lo que realmente transmite Ribadeneyra a través de su texto es el complejo de culpa de los compañeros por dejar morir solo a Loyola. Algo que también se deduce de la información de Dalmases, que hasta parece querer corregir los excesos de Ribadeneyra

Aparentemente, la muerte de Ignacio fue una muerte vulgar. Polanco lo reconoció al escribir que <<pasó al modo común de este mundo>>. Nadie se dio cuenta de su gravedad. Los médicos atendieron a otros enfermos más que a él. Murió sin recibir los últimos sacramentos, aunque había comulgado dos días antes. La bendición del papa, que él tanto había deseado, le llegó tarde. Pero estas circunstancias, humanamente tan desconcertantes, no quitan nada a la grandiosidad de aquel último acto de la vida del Santo. Si el valor de un hombre

se mide por el como muere y si tras la muerte se aprecian más las virtudes de cada uno, no podemos menos de admirar toda la sublimidad de una muerte como ésta, dentro de su aparente vulgaridad¹²⁶⁶.

Consciente, quizás, de la falta de credibilidad del montaje de Ribadeneyra, Dalmases, para restablecer la verdad, reconoce la ‘vulgaridad’, o normalidad, de la muerte de Loyola: solo, sin la presencia de médicos ni de ninguno de los más destacados compañeros, sin haber recibido la extremaunción ni la bendición del papa y sin realizar ninguno de los gestos beatíficos, graciosamente atribuidos por Ribadeneyra, para convertir la sencilla muerte en algo excepcional.

Como siempre, y a pesar de las promesas de veracidad formuladas al inicio del libro, a Ribadeneyra la verdad le importa un bledo. Hace y deshace a su antojo, según sus intereses y valiéndose de todo tipo de trucos para decir sin estar diciendo, para que siempre brille el oropel divino con el que bruñe sus falsas historietas.

MUERTE Y FINAL

La forma artificiosa y truculenta con que Ribadeneyra pone fin a la vida de Loyola halla su contrapunto en las sencillas y emotivas palabras con las que Cervantes pone fin a la de don Quijote en el último capítulo de la novela.

En general, como sentenciará el escribano, la muerte de don Quijote resultó bastante normal e impropia de un caballero andante. Tal vez porque ya había renegado de su locura caballeresca y la muerte le sobrevino en casa, en su propia cama, rodeado de los suyos y tras haberse conscientemente apercebido para la muerte.

En ese sentido puede apreciarse un paralelismo genérico con la muerte de Loyola: dos hombres reconocidos y famosos que mueren, en sus respectivos hogares, de forma sencilla y natural.

Pero, además, por mucho que Cervantes lo disimule, la muerte de Alonso Quijano, mantiene un conjunto de soterrados paralelismos con la de Ignacio.

Veamos solo algunos de los más destacados, pues el objetivo de este apartado es demostrar que toda la novela, desde el primero al último capítulo, ‘está cortada del mismo paño’, que el mismo Alonso Quijano que en el capítulo primero emergió como don Quijote de las entrañas del Relato y la Vida, ahora muere en su cama tal como, según Ribadeneyra, lo hiciera Iñigo de Loyola en la suya.

De entrada, el epígrafe del último capítulo del Quijote coincide, en lo esencial, con el contenido del epígrafe correspondiente de la Vida

<i>VIDA</i>	<i>QUIJOTE</i>
<i>Cómo Ignacio pasó desta presente vida</i>	De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte

Aunque sin referentes definitivos que sugieran la asociación paródica, ambos epígrafes informan del tránsito de los respectivos protagonistas, pero un poco más adelante, ya casi al final del capítulo, el narrador de la novela nos informa de que el cura “pidió al escribano le diese por testimonio **como** Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había **pasado desta presente vida** y muerto naturalmente”. Comparemos el fragmento con el epígrafe de la Vida

¹²⁶⁶ Dalmases 1986: 251-253.

VIDA	QUIJOTE
<u><i>Cómo Ignacio pasó desta presente vida</i></u>	pidió al escribano le diese por testimonio <u>como</u> Alonso Quijano el Bueno, llamado <u>comúnmente don Quijote de la Mancha</u> , <u>había pasado desta presente vida</u> y muerto naturalmente

Los dos fragmentos resultan casi idénticos: adverbio ‘como’ + ‘nombres propios’ + expresión ‘pasar desta presente vida’. La diferencia es que Cervantes, precavidamente, sitúa la comprometida evidencia al final del capítulo, aunque, una vez apreciada, pueden descubrirse otra serie de diversas analogías.

En general, el narrador plantea la llegada del fin de don Quijote como una cosa natural, sin “privilegio del cielo” y de forma totalmente inesperada (“llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba”).

¿No le ocurrió lo mismo a Loyola? A pesar de que Ribadeneyra lo colme caprichosamente de extraordinarios privilegios, sabemos que comulgó dos días antes y que no recibió a tiempo los últimos sacramentos ni la bendición del papa. Los compañeros estaban convencidos de que no se encontraba tan mal y que, como Laínez, se recuperaría, pero no ocurrió así y la muerte les cogió a todos por sorpresa.

Tal vez por eso Cervantes plantea el final de don Quijote como un suceso tan natural y normal como el de Loyola, a cada uno le llegó “su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba”.

Y acto seguido el narrador presenta dos opciones como causantes de la muerte de don Quijote: “o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse **vencido**, o ya por la disposición del cielo, que así lo **ordenaba**”.

La primera, la melancolía de verse vencido, causa fundamental a la que familiares y amigos achacan la repentina enfermedad de don Quijote, guarda mucha relación con la aflicción de Loyola por las calamidades heréticas y bélicas de la Iglesia¹²⁶⁷. Según Ribadeneyra se encontraba “*afligido por la turbación de los tiempos*” y ‘*deseoso de verse con Cristo para alabarle en libertad*’, un estado similar al que se encuentra don Quijote, melancólico (“la melancolía de verse vencido”) y apesadumbrado (“Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan”) por ‘no ver cumplido su deseo en la libertad de Dulcinea’

VIDA	QUIJOTE
<i>afligido por la turbación de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo <u>de verse</u> con Cristo [...] y llevarle a aquel lugar de descanso, donde con <u>la libertad que deseaba</u> pudiese alabarle y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos.</i>	Estos, creyendo que la <u>pesadumbre de verse</u> vencido y de no ver cumplido su <u>deseo en la libertad</u> y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte

Los referentes refuerzan la voluntad paródica, la sutil analogía entre la deseada liberación de Ignacio y la de don Quijote, ambos en un estado similar de debilidad síquica, ansiosos por alcanzar un espiritual deseo que propicia la enfermedad física y la inmediata muerte.

¹²⁶⁷ “*afligido por la turbación de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia*”
“*Por no ver esto de tan cerca, y por llorar más a sus solas tan grande calamidad*”

Además de esas causas, el narrador señala otra (“la disposición del cielo, que así lo **ordenaba**”) que también coincide plenamente con la de Loyola

VIDA	QUIJOTE
<p><i>-conformándose en todo con la <u>voluntad divina</u></i> <i>-Mas él, que mejor que los médicos sabía lo que nuestro Señor quería hacer dél</i> <i>-Quiso la <u>bondad divina, que con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas</u> (Vida I, III)</i></p>	<p>o ya por <u>la disposición del cielo</u>, que así lo ordenaba</p>

La fuerza del cielo que ordena todas las cosas impidió que, ni en el caso de Loyola ni en el de don Quijote, los médicos pudieran hacer gran cosa

VIDA	QUIJOTE
<p><i>los médicos, no haciendo caso de la enfermedad de N. Padre, por <u>parecerles</u> que era la <u>ordinaria</u> y sin peligro</i> <i>- Porque por una parte la enfermedad no parecía grave, y los médicos habiéndole de propósito visitado mostraban <u>no tener peligro</u></i></p>	<p>Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, <u>atendiese a la salud de su alma</u>, porque la del cuerpo corría peligro. ...Fue el <u>parecer del médico</u> que <u>melancolías y desabrimientos</u> le acababan.</p>

A la enfermedad de Loyola no se le dio importancia “*por **parecerles** que era la ordinaria y sin **peligro**.*” El médico de don Quijote se limitó a comunicar que, a su parecer, “corría **peligro**”. Son diagnóstico contrarios, aunque con idénticos resultados. El caso es que, con más o menos consciencia de lo que va a suceder, ambos enfermos encaran la muerte con gran serenidad. Loyola conociendo su cercanía “*dice con grandísimo **sosego**: “Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida deste mundo”.* Don Quijote oyó el veredicto del médico “con ánimo **sosegado**”.

Los dos sienten un presentimiento de muerte especificado por los narradores. Loyola se lo comunica a Polanco (“*Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida deste mundo*”) y a otros compañeros (“*aún hubo alguno dellos que tuvo al Padre por muy temeroso por haber dicho que se moría*”). Don Quijote avisa a su sobrina (“Yo me siento, sobrina, a punto de muerte”) y a todos los demás (“Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa”).

Conociendo la inmediatez de la muerte, ambos se preparan. Loyola “*confesóse y comulgóse y apercibióse para la muerte*”; don Quijote murió “después de recibidos todos los sacramentos”.

Sobre las nueve de la noche Loyola cenó bien y, durante un rato, trató con sus compañeros de un ‘negocio’; después, tras dormir toda la noche, “*Vuelven en amaneciendo y hállanle casi espirando*”. Don Quijote, antes de despertar convertido en Alonso Quijano, durmió “más de seis horas; tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño.”

Momentos antes de expirar cada uno pronuncia una frase para la posteridad. Cuando, al amanecer, encuentran a Loyola moribundo “*quíerenle dar un poco de sustancia, y díceles: “**ya no** es tiempo deso*”. Cuando Sancho anima a su amo con ejemplos de caballeros que volvieron a levantarse tras la derrota, él responde: “Señores –dijo don Quijote- vámonos poco a poco, pues **ya en los nidos de antaño no** hay pájaros hogaño”

VIDA	QUIJOTE
<u>ya no</u> es tiempo deso	<u>ya en los nidos de antaño no</u> hay pájaros hogaño

Las dos metafóricas sentencias contienen un ‘ya...no’ con el que se constata la consumación del tiempo, la asunción por ambos protagonistas de que sus respectivas existencias han llegado al fin, tal como los narradores reseñan después expresamente

VIDA	QUIJOTE
<i>y levantadas las manos y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazón a Jesús, con un rostro sereno dio su alma a Dios, postrero día de Julio, de 1556, una hora después de salido el sol.[...] Murió a los sesenta y cinco años de su vida, y a los treinta y cinco de su conversión.</i>	el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu : quiero decir que se murió .

Al margen de la efectista y pinturera pose, Ribadeneyra describe el tránsito como una doble operación en la que primero se entrega a Dios el espíritu (***dio su alma a Dios***) y después se acaba la vida (***Murió***), prácticamente lo mismo dicho, y con las mismas palabras (***dio su espíritu... se murió***), por el narrador de la novela, aunque éste añade un irónico “quiero decir” con el que parece resumir la supuesta doble operación del tránsito en una sola.

Curiosamente, la crítica agrupada capta el “doblete semántico”¹²⁶⁸, pero no el irónico distanciamiento con la creencia de la época planteado por el “quiero decir” y la contundente afirmación “se murió”. Una vez más, Cervantes, llamando a las cosas por su nombre, ridiculiza el estilo eufemístico y los tópicos en torno a la muerte.

MECÁNICA DEL TIEMPO

La sucinta comparación entre los capítulos dedicados a la muerte de Loyola y don Quijote corrobora, una vez más, la intencionalidad imitativa de Cervantes.

No obstante, existe un detalle esencial cuya coincidencia reforzaría no solo la voluntad paródica del capítulo, sino el discurrir paralelo y encadenado de toda la novela. Me refiero al día exacto de la muerte de nuestros protagonistas.

Según todos los biógrafos, la de Ignacio ocurrió el 31 de julio de 1556.

Pero ¿y la de don Quijote? ¿Disponemos de datos para precisarla?

Rotundamente sí, pues para ello Cervantes creó uno de los más ingeniosos y bellos recursos de la obra.

El sutil tratamiento otorgado al tiempo y al espacio en el Quijote ha dado lugar a todo tipo de especulaciones y recuentos por parte de los estudiosos, interesados en encontrar alguna posible relación entre las fechas aparecidas en la novela y los lugares, itinerarios y distancias en que se desarrolla.

Sin embargo, a pesar de la abundante bibliografía generada, la explicación del tiempo ha sido “o bien pasada por alto por los comentaristas (a veces con silencio absoluto, que

¹²⁶⁸ “En la definición de muerte que se hace en la época como separación de cuerpo y alma, el espíritu se entrega a Dios, la muerte queda en el cuerpo. Este es, posiblemente, el sentido del doblote semántico de Cervantes.” Quijote 1998: 39: 1221.

es una postura muy cómoda pero poco elegante) o bien despachada atribuyendo la imposibilidad de su fijación a los descuidos cervantinos”¹²⁶⁹.

Sea o no cierto que Cervantes escogiera, según Murillo¹²⁷⁰, la fiesta de san Juan como un ingrediente más de la parodia caballeresca, lo realmente seguro, el último dato cronológico incuestionable señalado por el narrador, es que don Quijote y Sancho llegaron a la playa de Barcelona la víspera de san Juan en la noche.

Si a tan inapelable referencia se añade la exhaustiva y disimulada forma con la que, desde ese momento hasta el día de la muerte de don Quijote, se detalla el número exacto de jornadas transcurridas, puede concluirse que Cervantes ideó otro artificio genial para ofrecer un dato cronológico con el que cerrar brillantemente el conjunto de referentes primordiales que confirman el objetivo general e inequívoco de vidas paralelas perseguido por la totalidad de la obra.

Olvidemos, pues, las extrañas e interesadas teorías que siglo tras siglo, y siempre para descrédito de Cervantes, han considerado el dato de la noche de san Juan como uno de los muchos y más clamorosos errores o despistes del autor, y utilicemos la fecha como pista clave para el trascendental propósito de revelar el día exacto de la muerte de don Quijote.

LLEGADA A BARCELONA

Tras abandonar la casa de los duques, don Quijote, Sancho y sus acompañantes llegan a Barcelona la víspera de san Juan

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de San Juan en la noche (QII, 61).

Tal fecha de 23 de junio rompe drásticamente, como se ha repetido hasta la saciedad, la cronología lógica de la obra pues, siguiendo el discurrir de la novela, aproximadamente 10 días antes, Sancho había recibido en la ínsula una carta fechada del duque

Deste lugar, a 16 de Agosto, a las cuatro de la mañana (QII, 47)

Si Sancho recibió en la ínsula una carta del 16 de agosto ¿cómo diez jornadas después van a llegar a Barcelona el 23 de junio?

Un claro anacronismo considerado por la crítica¹²⁷¹ como uno de los mayores errores u olvidos de Cervantes que, apremiado por Avellaneda y su editor, al que entregaba capítulo a capítulo, no se quedaba con copia de lo escrito.

¹²⁶⁹ Itinerario y cronología en la Segunda Parte del Quijote, José María Casasayas, Anales cervantinos, tomo XXXV, Madrid, 1999, págs. 85-102

¹²⁷⁰ “Ya en sus logros más tempranos la poesía caballeresca utilizó el ciclo anual de las fiestas cristianas como esquema temporal de la acción, y mostrando marcada preferencia por la fiesta de la Natividad de San Juan Bautista, 24 de junio. Pero tanto esta tradición poética (difusa en versiones prosificadas que imitaron la forma de una crónica feudal), como también muchos regocijos y tradiciones populares con que se celebró el solsticio vernal en la Europa medieval, surgen de remotas fuentes mitológicas (V. James Frazer, *The Golden Bough*; CyE, ed. S-B, v. 3, nota bibliográfica, p. 247). Las notas de Clemencín y de Givanel Mas a este pasaje proporcionan citas de libros caballerescos en que esta fiesta solar es escenario de ceremonias y solemnidades. Cervantes, pues, parodia una vez más la literatura caballeresca. Fue “*la mañana de San Juan*” tópico profusamente tratado en la poesía del Medioevo y del Siglo de Oro” Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, II, Edición de Luis Andrés Murillo, Ed. Castalia, 1991, pág. 506, n. 3.

¹²⁷¹ “Ya don Quijote y Sancho en Barcelona una nueva incongruencia cronológica aparece en la segunda parte del Quijote, pues amo y criado llegan a la ciudad <<la víspera de San Juan>> (II, cap. 61) y al día siguiente quedan inmersos en los grandes festejos y regocijos públicos con que siempre en Barcelona se ha celebrado este día, que es el 24 de junio, es decir casi un mes antes de la fecha de la carta de Sancho, lo que supone el absurdo de que lo narrado en el capítulo XXXVI es, en cuanto al tiempo, posterior a lo narrado en el LXI, contra lo que tan claramente indica la progresión del relato, en el cual Sancho firma su carta unos diecisiete días antes de la entrada en Barcelona. Hartzenbusch buscó una solución desesperada

Dicha tesis, sin más fundamento que una hipotética amnesia y una mendaz torpeza organizativa, suele aceptarse unánimemente, a pesar de que también se acepta un perceptible interés, no exento de sentido, por contabilizar las jornadas desde esa última fecha.

Basándose en dicha contabilidad y en los restantes datos cronológicos contenidos a lo largo de la novela, algunos estudiosos como Vicente de los Ríos y Diego Perona¹²⁷² han llegado a poner fecha al día de la muerte de don Quijote, aunque siempre sin contar con el “error” de la noche de san Juan. Se ha preferido dar más credibilidad al dato ofrecido por el ‘malicioso’ duque que al del narrador, y eso que a lo largo de la obra la información de este último resulta siempre más admisible que la de los personajes, con quienes suele entrar en contradicción.

Vicente de los Ríos, partiendo de la información del capítulo segundo de 1605, inicia el recuento de jornadas en el mes de julio y concluye que don Quijote, al margen del dato de la noche de san Juan que chafa todo sus cálculos, llega a Barcelona sobre el 30 de noviembre. Como a partir de ahí Cervantes detalla con precisión el número de días invertidos hasta la vuelta a casa y muerte de don Quijote, según Ríos ésta se produce el día 8 de enero, algo totalmente en contra de las condiciones climáticas de la novela que, en el antepenúltimo capítulo, donde se narra “cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea”, se ofrecen datos tan rotundamente propios del verano como que uno de los huéspedes, don Álvaro Tarfe, ‘poniéndose a lo de verano’, saliera a solazarse “al portal del mesón, que era espacioso y fresco”¹²⁷³.

Con datos tan específicos para presentar como incuestionable la estación en que se desarrollan los acontecimientos ¿cómo conjeturar que, pocos días después, la muerte de don Quijote se produce en enero?

Diego Perona sigue el mismo procedimiento de cálculo minucioso de las jornadas pero, para mostrarse más acorde con las condiciones climáticas, introduce algunas variantes en el engorroso recuento, de forma que, según él, don Quijote llega a Barcelona un 19 de agosto, aconteciendo su muerte un 26 de septiembre. Solución tampoco acorde con el riguroso calor y el vocablo ‘verano’ al que hemos aludido.

No obstante, a pesar de las divergencias cronológicas, tanto Ríos como Perona coinciden en dos cuestiones realmente importantes.

Primera. Ambos subrayan el ostensible propósito de Cervantes por precisar, con disimulo pero matemáticamente, el diario transcurrir de las jornadas.

Segunda. Los dos casi coinciden en el recuento del número de días pasados entre la llegada de don Quijote a Barcelona y su muerte: 40 según Ríos y 39 según Perona.

Comprobemos cómo lo secuencia Cervantes

por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la

y engañosa, en la que algunos caímos, al postular que don Quijote y Sancho no entraron en Barcelona el 24 de junio, festividad del natalicio de San Juan, sino el 29 de agosto, día de su Degollación (<<In Decollatione S. Ioannis Baptistae>>). Esto en modo alguno puede defenderse, porque no hay noticia alguna que suponga que el día de la Degollación de San Juan se celebrara en Barcelona, donde tan lucidos eran, y siguen siéndolo, los festejos cívicos y populares del 24 de junio, festividad del Natalicio [...] Cervantes [que] residió en Barcelona un mes de junio y siguió con interés los festejos ciudadanos del día de San Juan (24 de junio), no quiso desperdiciar la oportunidad de recoger en el *Quijote* sus recuerdos barceloneses, y ello le obligó, consciente o inconscientemente, a caer en el desajuste de situar el mes de julio antes del mes de junio, lo que es, confesémoslo sin reparos, un dislate mínimo e insignificante y en el que no reparan la mayoría de los lectores” Riquer 1989: 36-41.

¹²⁷² Perona 1988.

¹²⁷³ Quijote 1998: LXXII: 1205.

víspera de San Juan, en la noche [...] quedóse don Quijote **esperando el día** (61: 1130¹²⁷⁴)

Al amanecer del 24 de junio, don Quijote y sus acompañantes contemplan la playa de Barcelona y las fiestas en honor de san Juan.

El mismo día son recibidos con gran cortesía en la ciudad y en casa de don Antonio Moreno, con quien pasan la jornada.

Al día siguiente, 25 de junio

Otro día le pareció a don Antonio (62: 1138)

Don Antonio les muestra en su casa la cabeza encantada, después visitan una imprenta y, por la tarde, las galeras

aquel **mismo día** ordenó don Antonio de llevarle a ver las galeras (63 : 1146) desde donde presencian la captura de un bergantín argelino y se descubre la historia de Ana Félix.

Nada se dice sobre lo que hace don Quijote en los días siguientes a este último 25 de junio, aunque el narrador especifica que transcurren

De allí a **dos días** partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí a **otros dos** se partieron las galeras a Levante, habiendo pedido el general al visorrey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix; quedó el visorrey de hacerlo así como se lo pedía.

Y **una mañana**, saliendo don Quijote a pasearse por la playa” (64: 1157)

De allí a dos días, 27 de junio, parte el renegado, y otros dos después, 29 de junio, parten las galeras. O sea, la mañana que don Quijote sale a pasear por la playa y se encuentra y enfrenta al caballero de la Blanca Luna, es 30 de junio.

La derrota le deprime tanto que se mete en la cama durante seis días

Seis días estuvo don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y, entre otras razones, le dijo (65: 1163)

La conversación con Sancho ocurre, pues, el día 6 de julio

De allí a **dos días** trató el visorrey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España (65: 1165)

El 8 de julio el visorrey trata con don Antonio que, supuestamente, se marcha al día siguiente por la mañana, 9 de julio

Llegóse el día de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fue de allí a **otros dos** (65: 1166)

Dos días después, 11 de julio, don Quijote y Sancho abandonan Barcelona e inician el camino de vuelta a la aldea

se les pasó **todo aquel día**, y aun **otros cuatro**, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al **quinto día**, a la entrada de un lugar, hallaron a la puerta de un mesón mucha gente (66: 1169)

Transcurren “todo aquel día” (11 de julio) y los cuatro siguientes (12, 13, 14 y 15), y al quinto (16 de julio) llegan a la puerta de un mesón, de donde poco después se marchan.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y **otro día**, siguiendo su camino (66: 1171)

Continúan el camino el día 17 de julio, con Tosilos y la nocturna aventura de los cerdos que acaba a la llegada del día

Llegóse en esto el día (68: 1182)

Es 18 de julio, larga jornada en el castillo de los duques de donde salen al día siguiente

¹²⁷⁴ Los números indican capítulo y página según Quijote 1998.

les tomó **el día** y la gana de levantarse (70: 1193)

Se alejan por segunda vez del castillo el 19 de julio. La noche les sorprende en el campo durmió hasta que **le despertó el sol**, y luego volvieron a proseguir su camino (71: 1202)

El 20 de julio transcurre prácticamente en un mesón
 Todo **aquel día** esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón (72: 1204)

del que se alejan por la tarde para evitar el sofocante sol
 llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar (72: 1208)

Pasan la noche entre unos árboles y llega el 21 de julio
 había **madrugado el sol** a ver el sacrificio, con cuya luz volvieron a proseguir su camino

Nada digno de contarse sucede
Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse y al amanecer del día siguiente, 22 de julio, llegan a la aldea y esperaba **el día** (72: 1209)

Son recibidos por familiares y amigos y don Quijote acaba en la cama (“donde le dieron de comer y regalaron lo posible”) de la que ya no se levantará
 se le arraigó una calentura que le tuvo **seis días** en la cama (73: 1215)

Los seis días en cama nos sitúan en el 28 de julio, con don Quijote tan maldispuesto que se teme lo peor
 durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas: tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño (74: 1216).

Del sueño despierta Alonso Quijano con el juicio recuperado, y hace testamento
 Cerró con esto el testamento y, tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron a su remedio, y en **tres días** que vivió después deste donde hizo el testamento se desmayaba muy a menudo (74: 1221)

Si al 28 de julio, día de la realización del testamento, le añadimos los tres restantes que vive, la muerte de don Quijote se produce el 31 de julio.

Coincido con Diego Perona en el recuento de los días llevado a cabo desde la llegada a Barcelona hasta el día de la vuelta a la aldea, donde don Quijote se mete casi directamente en la cama con unas calenturas que le duran seis días. A partir de esos seis días Cervantes, como puede comprobarse, solo hace dos referencias cronológicas: una indeterminada (“mas de seis horas”) y la final (“tres días que vivió después deste donde hizo el testamento”).

Por deducción propia, tanto Ríos como Perona añaden un día más de los específicamente señalados por Cervantes, pues ambos coinciden en que la visita del médico y la realización del testamento se producen en días diferentes, es decir, que el final de las mas de seis horas dormidas por don Quijote tras la visita del médico, marca el inicio del nuevo día en el que recobra la cordura y hace testamento.

Pero tal día no existe en el texto y, entrando en ese tipo de absurdos juegos y razonamientos con los que pretende aplicarse la lógica a la ficción, podría argumentarse que el médico visita a don Quijote por la mañana, después duerme más de seis horas y por la tarde viene el escribano, de forma que el día del testamento podría coincidir con el de la visita del médico y la muerte producirse el 31 de julio.

Eso es lo realmente importante, porque por encima de las más o menos exactas coincidencias, de la precisión de la genial estrategia desarrollada por Cervantes, la clave incuestionable sigue siendo la manifiesta voluntad de que el sofisticado mecanismo gravite en torno al 31 de julio, fecha innominable de la muerte de Loyola.

Hasta ella nos conduce Cervantes “por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas”, contando confusas jornadas de la misma manera que “el engañado don Quijote”¹²⁷⁵ contaba los azotes de Sancho. Él, precisamente, sumó “tres mil y veinte y nueve”, nosotros solo treinta y nueve, número que sumado al de la noche de san Juan corrobora la intencionalidad oculta del recurso creado por Cervantes para cerrar la totalidad del trabajo de imitación paródica de la novela.

IÑIGO-IGNACIO / QUIJANO-QUIJOTE

Desde el epígrafe del último capítulo (“De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte”) todos hemos “sido inducidos a creer que quien muere es Don Quijote [...] cuando en propiedad debiera decir: <<De cómo Alonso Quijano cayó malo y del testamento que hizo, y su muerte>>, pues Don Quijote no podía enfermar ni morir, ya que es meramente una forma de existencia, más precisamente, la figuración de una forma de vida, semejante a la que un actor adopta durante un par de horas en la escena [...] Don Quijote no puede morir, ni incluso aunque no hubiera recobrado la cordura y muriese [...] En la vida real ocurren casos semejantes: cuando muere Norma Jean, para nosotros quien muere es Marilyn Monroe, es ella *exclusivamente* la que muere [...] del mismo modo que cuando muere Juan XXIII –hablo en indicativo- parece, tolérese la licencia, que muere el Papa, cuando quien muere es Angelo Ronalli, que es el sujeto, la persona que está bajo él”¹²⁷⁶.

Tanto en la realidad como en la ficción el personaje usurpa hasta tal punto al hombre que cuando éste muere, el personaje se erige sobre las cenizas del hombre, “Un personaje, tanto en la vida real cuanto en la ficción, es aquel que ocupa un espacio (virtual) de tal relevancia que, al tiempo que con cada uno de sus actos se define y, redundantemente, se hiperdefine, define a los demás como con menor identidad que él”¹²⁷⁷.

“Incluso después de que Quijano dé por muerto a Quijote, en su vuelta a la cordura del último capítulo, el narrador sigue refiriéndose a Quijano como “don Quijote,” como han notado agudamente Alfred Rodríguez y Tomás Ruiz Fábrega (215). Similar actitud adoptan los amigos de Quijano, el barbero y el cura, quienes, a pesar de sus intentos por devolverlo a su hogar, se divierten con la personalidad del caballero andante y le siguen el juego incluso en su lecho de muerte (Mancing 740)”¹²⁷⁸

Quien murió en Roma el 31 de julio de 1556 fue Iñigo, la persona de carne y hueso que creó el personaje de Ignacio. Quien murió, en la ficción, en la aldea manchega un 31 de julio, fue Alonso Quijano, creador de don Quijote¹²⁷⁹.

Mueren las dos personas físicas y pasan a la posteridad sus personajes, cuya fama y ‘eternidad’ se encargan de corroborar sus seguidores, beneficiados de la gloria inmortal de sus ‘amos’. Por eso Cervantes procura que la mayor parte de los personajes que rodean a Alonso Quijano en su lecho de muerte se encarguen de recordar que don Quijote vive, que es una leyenda, un mito erigido sobre el hombre muerto pacíficamente en el lecho, de forma que, tanto en el caso de Iñigo como en el de Quijano, mueren las personas mientras los personajes ascienden “a los senos de la fantasía, para siempre.”¹²⁸⁰

¹²⁷⁵ Quijote 1998: 1209.

¹²⁷⁶ Castilla del Pino 2005: 36-40.

¹²⁷⁷ Castilla del Pino 2005: 44.

¹²⁷⁸ Cervantes 2005.

¹²⁷⁹ “asistimos a la muerte de un hombre insignificante que un día realizó su sueño de conquistar la inmortalidad, cambiando su personalidad anodina por la identidad de un personaje novelesco con la que fue reconocido, escarnecido y en algunas ocasiones incluso admirado” Fernández Martín 2009: 52.

¹²⁸⁰ Azaña 1990: 1111.